

La escuela como la sociedad, y los instrumentos didácticos como la escuela, han sufrido y están sufriendo una honda y amplia transformación, en sus concepciones, en sus estructuras y en su utilización.

Concretándonos a los materiales educativos, entre los cuales sigue y seguirá gozando de gran predicamento el libro escolar, pese a que en algunas ocasiones, y dado el desarrollo y eficacia de los medios de información que tienen por base las imágenes auditivas y visuales, se haya podido pensar que una cultura sin libros pueda sobrevenir a la actual, amasada durante muchos siglos casi exclusivamente a base de la reflexión lectora. Pero, en realidad, está ocurriendo todo lo contrario, y es que si bien los poderosos y extensivos medios de la Radio y la Televisión, están en cierto modo conquistando el ámbito de las instituciones docentes y de las aulas; sin embargo, por otra parte, contribuyen a la difusión y al enriquecimiento bibliográfico, hasta el punto de que alguien ha podido decir ya que la Universidad del futuro consistirá principalmente en una sala de televisión y una buena biblioteca.

Esto, indudablemente, tira hacia el mejoramiento y perfección de los denominados textos escolares.

Además, el deseo de que cada vez la escuela se parezca a la vida, es decir, se haga vida, contribuye con no menor fuerza a que dentro de los que pudiéramos llamar instrumentos didácticos o materiales educativos, se

Los equipos de autores y la elaboración de textos escolares

incluya todo lo que de interesante para los escolares ofrece la vida misma: animales, cosas, objetos de la técnica y del progreso, etc. No obstante, los libros escolares, a fuer de ser más atrayentes con la suma de tales aportaciones, se hacen al mismo tiempo más variados, más extensos, y al libro único, casi exclusivo para todo, han venido a suceder «los libros», los variados textos, según la edad de los usuarios, según la materia, según la finalidad... Y así se hacen indispensables en toda escuela y para todo proceso de aprendizaje, cuando menos, los llamados textos o manuales escolares, los libros complementarios o extensivos, las guías didácticas para los maestros, el libro de trabajo para el alumno y las fichas para trabajos autónomos y autocorrectivos. Amén de los textos de consulta, los diccionarios enciclopédicos o ilustrados, los atlas y álbumes, etc.

LOS TEXTOS ESCOLARES TRADICIONALES

Un concepto válido todavía podría considerar el texto escolar como el libro que en determinado período de tiempo y para una determinada materia de estudio constituye la base sobre la cual gira toda la enseñanza y

el aprendizaje indicado. Desde hace tiempo estos libros vienen llamándose libros escolares, tanto si hay uno para todo (enciclopedia) o uno para la lectura, otro para la aritmética, otro para la geografía, dentro de las coordenadas didácticas señaladas de antemano para cada grado, ciclo o curso escolar. Cada jornada escolar, los alumnos tomaban dicho libro o libros, el maestro les señalaba la página que habían de leer o estudiar, contestaban a las preguntas allí mismo hechas o realizaban los ejercicios aplicativos, tales como dibujo de grabados, copia de resúmenes o solución de problemas propuestos. Después venía un trasunto para la memorización y, cuando se le daba fin al libro, venía «un repaso» del mismo, y así hasta que se acabase el curso. Cuando los libros eran comprensivos de un mayor tiempo, de un grado, por ejemplo, que abarcaba dos o tres años de estudios, la llegada de un nuevo curso no significaba nada respecto al libro, pues al empezar este nuevo período volvía a repetirse todo lo mismo, y así se daban muchos casos en que los propios niños nada tenían que hacer en determinada escuela, pues ya se sabían el texto de memoria «de cabo a rabo». Así lo aceptaban padres y maestros.

Por **AMBROSIO J. PULPILLO**
Secretario del C.E.D.O.D.E.P.

En tal concepción del libro o texto escolar, poca o ninguna atención se prestaba a los intereses del niño, a sus posibilidades mentales o psicológicas. Menos aún a la necesidad de atemperar el vocabulario o la comprensión lógica al aprendizaje. La lectura era un mecanismo audio-oral que poco tenía que ver con la interpretación de lo leído. Las Ciencias se reducían a unas cuantas definiciones generales y otras tantas clasificaciones de hechos, seres o fenómenos. La Geografía, igual que la Historia, a una memorización de nombres, de lugares o de fechas. Los problemas de Aritmética o Geometría guardaban poquísima relación entre lo que era interesante y vivo para el escolar. Y no digamos nada sobre los textos de Gramática, donde un logicismo absorbente y el análisis menos funcional producían en la mayoría de las veces una aversión al lenguaje y a todo lo que éste tiene de manifestación espontánea y creadora.

Así se comprende que para la realización de dichos textos, donde no se hacía problema ni de los contenidos, ni de los principios psicodidácticos, poca dificultad encontraría un autor a la hora de su formulación. Unos textos sucedían a otros sin más modificación que la permitida por los adelantos tipográficos y sin más novedad que la de ir acompañados de más o menos dibujitos decorativos.

LOS TEXTOS ESCOLARES ACTUALES

Pero hoy la cuestión ha cambiado desde la raíz. Ya se reconoce universalmente que los escolares aprenden más y mejor aquellas materias o cuestiones que tienen una relación muy estrecha con sus experiencias, que son más significativas porque se refieren a su propio ambiente familiar y local, ampliándose gradualmente desde el hogar a la localidad, del pueblo al país, del país al mundo, del mundo al universo. Los escolares precisan igualmente de materiales que les aclaren los cambios que se operan constantemente en el mundo, y sobre todo dentro de la comunidad en que viven. Todo el movimiento de la pedagogía denominada concreta nos lleva hacia objetivos fácilmente alcanzables y utilizables, huyendo de fines o finalidades abstractas. La salud, la segu-

ridad, la circulación, etc., se convierten hoy día en núcleos básicos de conocimientos.

Por otra parte, en los contenidos, dada la evolución de la ciencia, se ha de ser más exacto y exigente, ya no se pueden tolerar, so pretexto de que van dirigidas a infantes, ciertas inexactitudes y muchas veces errores que antes eran fácil de advertirse en los textos escolares, en la mayoría de las veces formulados por maestros que, si bien tenían un concepto amplio de los conocimientos, no podían, en razón de esa misma amplitud, descender a detalles más profundos y específicos, propios del especialista en la materia o experto.

Los manuales escolares de la actualidad se han convertido en instrumentos didácticos que cabalغان entre el maestro y el alumno al mismo tiempo. Para el primero son ayudas, le sugieren modos y modas de actuación docente; para el segundo son palancas que mueven su actividad, siempre formativa e informativa a la vez. Las cuestiones pueden considerarse como índices de mera referencia a esa realidad abierta que ofrece el mundo y naturaleza, la sociedad y la vida. Las ilustraciones son una parte muy importante por lo que aclaran y amplían las intuiciones y reflexiones mentales a que conducen los textos literales. El color del papel, su opacidad, los espacios en blanco, la longitud de líneas y párrafos, el cuerpo tipográfico, los espacios interlineales, etcétera, etc., son requisitos que una verdadera fisiología del acto de leer y estudiar han puesto en evidencia.

VAMOS A HACER UN TEXTO ESCOLAR

Antes, cualquier persona idónea podría decir «voy a hacer un texto escolar, con el bagaje de mis conocimientos sobre la materia, mi práctica escolar y mi experiencia docente». Pero hoy hay que decir más bien «vamos a hacer un texto escolar», aportando, uno su conocimiento científico, otro su preparación psico-pedagógica, aquél sus habilidades o recursos didácticos, éste su arte expresivo para el dibujo y las ilustraciones, los editores sus experiencias publicitarias, los libreros, el conocimiento del mercado, uno que aporte el capital, nada desdeñable dado

el «coste» de todo lo anterior, otro que sea un buen realizador o maquetador... Porque, resumiendo mucho todo el proceso, desde su planeamiento hasta su adquisición y empleo, el hacer un texto escolar, hoy día, requiere, cuando menos:

- Determinar su necesidad y la existencia de similares.
- Buscar a los autores para distribuir las materias.
- Supervisar su contenido e impresión, formato, tipos, etc.
- Coordinación de esfuerzos con vistas a su economía y eficiencia.
- Canalización de ventas y propaganda del mismo.
- Revisión y mejoramiento continuado.

Y todo ello suponiendo que el planificador o planificadores conocen bien las exigencias oficiales para ser autorizado, los contenidos y principios legales a que ha de ajustarse, el lenguaje adecuado para cada etapa y ambiente, los objetivos educativos a alcanzar, el propósito o propósitos que se han de perseguir, si servirá para el aprendizaje de la denominada instrumentación, si pretenderá desarrollar habilidades o destrezas, si tiene que contribuir a desarrollar la comprensión...

No olvidemos, finalmente, que todo texto escolar debiera sufrir una etapa de ensayo que regularmente se cubre con las ediciones denominadas «piloto».

LA NECESIDAD DE TRABAJAR EN EQUIPO

Lo anteriormente expuesto nos lleva de la mano al reconocimiento de la necesidad de trabajar en equipo porque los textos escolares que pide el momento presente han de ser el resultado de variados y múltiples esfuerzos. Necesitan la concurrencia de expertos, psicólogos, didactas, investigadores, escritores, ilustradores, maestros y editores, empeñados en un propósito común. Y desde el momento en que se precisan ingenios y habilidades tan dispares, es innegable que el método de trabajo en equipo es lo más eficaz, y no supeditándose todos los componentes al autor, sino cooperando todos y cada uno, incluso el autor, al instrumento que se desea producir.

Así, el intercambio de criterios e información enriquece la obra, ahorra tiempo, y el resultado, más que la suma total de esfuerzos, viene a ser algo de mayor valor porque es producto o integración de todos los factores positivos y valiosos, con la eliminación de los de poco peso o contraproducentes.

Mas, ¿quiénes han de ser los componentes de tal equipo? Por lo pronto, si el texto es múltiple, es decir, si abarca más de un sector de conocimientos o más de una disciplina, exigirá tantos autores como campos científicos se pretenda abarcar. Además, deberán constituir indispensablemente tal equipo uno o varios ilustradores, un editor y uno o varios maestros prácticos.

Y ¿qué papel podrá desempeñar cada uno de estos componentes? Veámoslo siquiera sea ligeramente.

El autor o autores del texto, el escritor, digamos, ha de ser siempre una persona de imaginación—el ser erudito no basta—que sepa crear situaciones de aprendizaje inéditas para el escolar, o, cuando menos, adaptarlas a cada caso y lugar. Ha de poseer ciencia, sí, pero también recursos. Hace falta cierta vena poética para saber presentar asuntos vulgares de la vida cotidiana, por ejemplo, y ofrecerlos de manera que satisfagan, al par que la mera curiosidad, necesidades de tipo educativo específico, emotivamente,

estéticamente... La «vis» informativa que algunos periodistas tienen para dar informaciones que causen impacto en el gran público, es también una buena y valiosa cualidad para los autores de textos escolares.

El ilustrador o ilustradores no son menos importantes, porque hoy la imagen se ha convertido en el principal auxiliar del texto y ha de plantearse como parte integral del mismo. Dibujos explicativos, esbozos, esquemas sinópticos, grabados o fotografías de procesos, incluso aplicando la «cámara lenta» o el análisis de movimientos, son el material con el cual estos colaboradores han de actuar. Pero también han de conocer el fin a que se destinan, la enseñanza, y no estará de más que se hallen familiarizados con ella.

En cuanto al editor, a veces, con su conocimiento de la mecánica de la impresión y del mercado, puede colaborar eficazmente al éxito de un texto. Y no digamos si se trata de editores especializados en textos escolares, que suelen tener una visión tan rápida como certera de lo que constituye éxito o best-seller, por lo que no resulta raro que ya en sus manos el texto, éstos son capaces de introducirle variantes que asombran al propio autor, aunque desconozcan la materia o contenido del libro.

Hemos dejado para el final lo que puede aportar un buen maestro a esta

operación de equipo para lograr un buen texto escolar. Y no porque sea la aportación menos importante, sino todo lo contrario, porque, en definitiva, puede ser la más decisiva y, expuesta últimamente, parece como que recopila o resume la de los demás.

Al fin y al cabo, el texto ha de ser para la escuela y para los escolares, y nadie mejor que él conoce esta realidad, con sus resquicios y escondites, con sus efectos y peculiaridades. Pero no siempre suelen ser coincidentes el ser un buen didacta y un buen autor de libros escolares; por eso es precisa la concurrencia de ambos.

El maestro, si es como debe ser un buen didacta y en cierto modo psicólogo y pedagogo, puede, mejor que nadie, ver en un texto lo que hay de eficiencia, lo que hay de bondad y, también, como no, lo que hay de hojarasca, de elucubración.

Sólo con la colaboración de todos estos profesionales pueden lograrse los textos escolares que precisa la escuela de hoy, en la que, a mayor variedad de estímulos, corresponde mayor riqueza educativa, y és, no un solo libro, sino muchos libros, menos aún no un solo autor, sino muchos autores, los que tienen que contribuir al mejoramiento docente que todos anhelamos.

